

por más atento á nueva luz quizás mas desorientado, sostiene y sostendrá por mucho tiempo en interesante actualidad la llamada «cuestión Zuloaga». Sobre ella, como toda gran obra de Arte, camino de esa eterna actualidad que se llama inmortalidad, está la obra del pintor insigne, cuya gloria nada puede temer de las discusiones. Pero entre el Arte que nos dice: «Esto ha sido», y aun el que nos dice: «Esto es», y el Arte que nos dice, visionario y profético: «Esto será», si los dos pueden ser igualmente admirables como Arte, como obra social, ¿cuál será preferible? Sí; aun hay otro más admirable y fecundo: el Arte todo voluntad, todo acción, de la voz creadora, como voz de Dios, la que sabe y puede decir: «¡ Sea! »



## XXIV

Ha sido un brillante torneo oratorio, más cañas que lanzas, la contestación al Mensaje de la Corona. Como sucede tantas veces en estas discusiones, los árboles no han dejado ver el bosque y las frondas y floeos oratorios no han dejado oír la contestación al Mensaje, que, siendo de lo que debía tratarse, es de lo que menos se ha tratado.

El Gobierno ha podido decir en esta ocasión: «A salvo está el que repica». Los tiros más certeros han pasado sobre su cabeza para ir á caer sobre los conservadores. Sólo algún ligero achuchón ha menoscabado su flor de azahar. Si los obispos, los rifeños y los huelguistas no se alborotan demasiado durante las vacaciones, tenemos virginidad hasta la reapertura del Parlamento.

Un corresponsal en Madrid del periódico parisiense *Comedia*, á propósito de una velada musical celebrada en el Ateneo, en que, según parece, se aplaudió mucho la música española y no tanto la francesa, se lamenta de la creciente *galofobia* de los españoles. Una distinguida dama francesa me escribe quejándose de lo mismo; dice que ha ido coleccionando en estos últimos tiempos infinidad de textos de escritores españoles, patente muestra de nuestra animadversión hacia los franceses. Tal vez sea muy voluminosa esa colección de recortes *galófobos*; pero ¡vamos! que si algún español se hubiera entretenido en anotar y recortar textos franceses en que se nos ridiculiza, zahiere y calumnia... sí que hubiera levantado un buen proceso.

La imaginación de los franceses ve enemigos y espías por todas partes.

No es para tanto nuestra supuesta *galofobia*. De esos mismos escritores, citados por mi quejosa dama, podría yo recordar grandes elogios y ditirambos de admiración por Francia y por los franceses. Yo mismo he defendido el *Chantecler*, como

verdadera obra de arte, del injusto desprecio con que fué tratado por el público madrileño. Y hay que convenir en que las más violentas y despreciativas críticas vinieron de París. En más de una ocasión he defendido también á la mujer francesa en general, y á la parisiense en particular, de las calumnias de sus mismos novelistas y autores dramáticos. ¿Son también *galófobos*? Sabido es que el batallador Brieux escribió *La francesa* para protestar contra esa falsa atmósfera creada á la mujer por una literatura más literaria que verdadera.

Cierto es que las censuras del extraño molestan más que las del compatriota; pero no se dirá que aquí hemos llegado nunca á la intervención enojosa ni á la invención sin fundamento.

Por mucho que digamos, cronistas y escritores de costumbres, de los extranjeros, más decimos de nosotros mismos. No podrá acusárenos de parcialidad ni apasionamiento. Tal vez pequemos de exagerar nuestros defectos y debilidades, y acaso demos con ello lugar á que el extranjero los agrande y divulgue, por aquello de:

«¡ Cuando ellos lo dicen!...» Por lo demás, censuraremos á propios ó á extraños, loca vanidad sería la del escritor que creyera en la eficacia de sus censuras. Como dice Regnard—ya ve usted cómo conozco y admiro á sus clásicos :

En vain contre les mœurs la raison vous irrite ;  
Par quatre mechants vers, peut-etre déjà dits,  
Croyer vous changer l'homme et redresser Paris ?

Y quien dice París, dice el mundo entero.

\* \* \*

Todos los años, al terminar el concurso para adjudicación de premios en el Conservatorio de París, vuelve á plantearse la discusión sobre las reformas necesarias, tanto en el sistema de enseñanza como en el de concursos. Y de nuestro Conservatorio, ¿no podía decirse algo? Nada entiendo de música y no seré tan atrevido para despeñarme por el disparate libre, en cuanto á la enseñanza musical se refiere. Doctores, licenciados, y aun bachilleres, tiene la Iglesia que sabrán solfear y armonizar donde hiciere falta.

Pero la enseñanza de la mal llamada—es decir, por desgracia, bien llamada—declamación, no puede ser más deficiente. A gritos, más o menos declamatorios, está pidiendo una reforma. Cualquiera es buena; desde la radical de la supresión, por inútil, hasta una nueva y completa organización, con vistas á la utilidad y mejor aprovechamiento del dinero; supongo que poco, pero hasta ahora mucho, por mal empleado.

Bien sabemos que un Conservatorio, como ningún Centro docente, por sabia que sea su organización, no es incubadora de genios, si falta la primera materia en la calidad del huevo. Pero como el genio es aversa y él solo se basta para «levantarse, crecer, tocar las nubes», hay que pensar—aparte de que al genio tampoco le sienta mal un poco de disciplina y artificial cultura—en los talentos modestos, en las medianías discretas, que de ser bien dirigidas á no serlo ó á serlo viciosamente, puede ir la diferencia de la absoluta nulidad á una perfecta imitación del mismo genio, con la ventaja de ser su talento más reposado y consciente; condiciones de gran importan-

cia en un arte de interpretación como el arte escénico.

¡El genio es tan peligroso en el teatro que yo me atrevería decir que es temible! De los genios me libre Dios, que de los malos cómicos me libraré yo.

Ante todo, se impone la selección física. Por espiritualistas que seamos, hay que atender á la belleza corporal. Nada de piernas cortas y cabezas gordas, por mucha luz intelectual que las ilumine. Nada de voces chillonas y gangosas, por mucho que prometan «hacernos de reir» en grotescas far-sas. Después, cultura general; más que cátedras, conferencias variadas de literatura nacional y extranjera, de pintura, escultura, elegancia social, etc. Después, práctica, práctica y práctica. Nada de maestros actores, que sólo enseñan sus defectos y amane-ramientos; un buen director de escena, persona competente, de buen gusto, y á estudiar y á representar obras. El teatro Español como teatro de ensayo, donde los alumnos, en funciones populares, de convite ó con rebaja de precios, representen obras del teatro antiguo y moderno.

Al estudio de nuestro teatro antiguo debe concedérsele la mayor importancia. Nunca se estudiará bastante. Da grima ver que la mayor parte de nuestros modernos actores no saben decir un verso con sentido del ritmo; y como el ritmo es todo, en arte, en verso, en prosa, en lo espiritual y en lo físico, sólo son capaces de decir chuladas y vulgaridades.

Ya sé que el ministro de Instrucción pública tiene asuntos más importantes á que atender; pero yo sé que el Arte tiene en él un enamorado. Si la política le permite algún descanso en este verano... acuérdesese de sus amores.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXV

De plañideras y de Casandras de pan llevar han motejado conspicuos conservadores á los espíritus compasivos que se permitieron llorar por los muertos de la última campaña. Y no habían terminado de fulminar su indignación contra los compasivos, cuando, á propósito del atentado de que ha sido víctima su ilustre jefe, ¡ríanse ustedes de Casandra, de Jeremías y de cuantos lloraron calamidades y profetizaron desdichas! Esto demuestra que todos somos plañideros á nuestra hora y cuando nos duele, y nada más fácil que hacer de héroe impasible cuando los almendrazos no son en nuestro barrio.

\* \* \*

El Estado sólo tiene un nombre terrible y amenazador para estos pueblos: el Fisco.

Faltan carreteras y caminos vecinales, faltan escuelas, falta higiene, falta policía; pero el Estado exige siempre: es la quinta, es la contribución con sus apremios y sus embargos y la miseria y la ruina...

Llega el Fisco implacable á coronar el trabajo de la penosa recolección. El que nada dejó, se lo lleva todo. ¿Llamaremos también á estas madres, llorosas por el pan de sus hijos, Casandras de pan llevar? Por fortuna, aquí no amenazan... todavía. Pagan, como trabajan y como viven, resignados. Hasta la fuerza necesaria para cobrar lo debido le es barata al Estado.

\* \* \*

Nos asustamos una vez al año de lo que sucede siempre sin que nadie se asuste ni lo advierta. Los buenos burgueses disfrutan de su veraneo protegidos por los mausers. Los fusiles protectores y la protesta amenazadora están ahora á la vista y frente á frente. Pero ¿es nunca otra cosa? Ese el estado natural y permanente de esta sociedad humana. Por suerte de los buenos burgue-

ses, la carlanca basta para que unos cuantos lobos desconozcan á sus semejantes y se crean perros al servicio del amo. ¿Qué piden los huelguistas? Gollerías, de seguro; puede que hasta quieran veranear.

El Estado permanece neutral, no cruzado de brazos, sino armas al brazo, que es una neutralidad especial. Su papel no es muy airoso. Me recuerda á un filósofo sereno que, presenciando á altas horas de la noche una acalorada disputa entre una Venus y un Marte, por no sé qué tratos y contratos amorosos, sólo les aconsejaba paternalmente á la luz del farol colgante de su chuzo: «¡ Arreglarsus, chicos, arreglarsus! »

\* \* \*

Emilio del Villar, desde las columnas de *Nuevo Mundo* clama una vez más—espere-  
mos que no siempre sea en vano—contra lo que pudiéramos llamar obstáculos tradicionales de nuestra Biblioteca Nacional. Defendida como fortaleza contra los naturales ataques del ansia de cultura y el deseo de ilustración, el denodado asaltante es trata-

do como enemigo, sin consideración alguna. Hay que terminar de una vez con tanta rutina y tanta corruptela. ¿Qué significa eso, en pleno siglo xx, de dividir las obras en obras de estudio y en obras literarias? ¿Y el ocultar los índices, como nefando secreto, y las malas caras y los peores modales?...

Ahí tiene ancho y fácil campo donde laborar el ministro de Instrucción pública, con aplauso de todos y sin gravar el presupuesto. Las buenas maneras van baratas. Y ahora que una Sociedad bienhechora nos abarata la luz, ¿no será hora de que la Biblioteca esté abierta por la noche? Más se conseguiría con esto, en bien de la cultura y de las costumbres, que con la creación del Teatro Nacional, por ejemplo. Pero modernícese esa Biblioteca; sea un verdadero salón de lectura á la moderna: con periódicos, revistas; todo asequible, todo fácil...

¿Falta personal y al existente sería injusto pedirle más horas de trabajo? Yo sé de muchos señoritos, tan intelectuales como desocupados y aburridos, que con mucho gusto prestarían servicio voluntario, con el

mayor gusto y no menor inteligencia. No es menos glorioso ser soldado de un ejército de paz y de cultura, que serlo en el campo de batalla.

Son tantos los jóvenes de todas las clases sociales á los que oigo lamentarse de continuo: «¡ Si la Biblioteca estuviera abierta por las noches!» ¿Será más difícil que abrir un nuevo *cine*?

\* \* \*

Estamos de una castidad escandalosa. ¡ Si todo fuera virtud y no falta de dinero! Nada menos que ola hay quien llama á la docena de novelas, algo subidas de tono, que se publica por término medio un año con otro. No es para tanto, y hay que confesar que, hasta ahora, la ciénaga es muy vadeable. Como sucede siempre, los mejores propagandistas del género son los escandalizados, que vienen á ser los verdaderos escandalizadores. Lo malo es que hay quien no distingue y confunde las obras esencialmente pornográficas con otras muy estimables en que la pornografía es sólo un accidente artístico y necesario.

Con la reputación de las novelas modernas es imposible acompañarse de ellas para lectura de viaje, de playa ó balneario. Y es lástima; porque no hay nada como un libro para iniciar una conversación, y con una de estas novelas siempre hay tema indicado.

Las preferencias literarias, cuando son sinceras, y cuando no lo son, doblemente, nos abren de par en par á nuestro interlocutor ó interlocutora. Con una viajera que haya leído ciertos libros, se puede hablar de todo. Si ha leído los de Felipe Trigo... pues no hay más que hablar. Si ha leído á Gabriel D'Annunzio... más vale callarse; ella se lo dirá todo. Desconfiad de las señoritas que leen la «Biblioteca Rosa» en público; son las mismas que tienen empezada una labor desde hace cinco años y sólo dan puntada cuando hay visita de novio probable.

¡Ah! Cuando regaléis un libro á una joven, que sea un libro que pueda interesar á su mamá ó á su institutriz.

## XXVI

El espíritu público es infantilmente novelero; agradece cuanto le divierte, le conmueve, le apasiona y hasta le atemoriza por unos días; pero no conviene pretender usufructuar su atención durante mucho tiempo. Hay que evitar la frase desdeñosa, muestra inequívoca de su desvío: ¡Ya es una lata!» Todo esfuerzo para reconquistar después la atención es en vano. Aun los espíritus que se juzgan más inquietos tienden á la quietud y, más que los accidentes que alteran la monotomía de su vida, agradecen esa misma monotomía, que justifica mejor sus lamentaciones, por verse obligados á soportar una vida sin accidentes y sin inquietudes.

Los huelguistas de Bilbao no han tenido en cuenta, al ejercitar su propia resistencia, la escasa resistencia de la atención pública. ¿Es que no se iba á hablar de otra



cosa durante el verano? Es mucha pretensión. Por el pudor de los contrastes, teníamos olvidada á la mejor sociedad que veranea y luce por esas playas sin otra esperanza de mejor recompensa que nuestra envidiosa admiración. Dejen, dejen ya los huelguistas su triste papel de aguafiestas ó acabarán por perder hasta la simpatía de los más sentimentales. Las bellas y elegantes damas ya no dirán: «¡Pobre gente!», los gobernantes empezarán á juzgaros como perturbadores, el honrado comercio os culpará de sus pérdidas, molestaréis á los buenos aficionados á toros. Recordad la frase de Shakespeare: «¡Qué hermoso es tener las fuerzas de un coloso y no usar de ellas!» Vosotros diréis que, por ahora, son los patronos los que tienen esa fuerza y ellos son los que mejor pueden aplicarse la frase.

\* \* \*

El verano es la estación de los milagros financieros más sorprendentes, por venir después de los milagros del invierno, ya

bastante incomprensibles. No es extraño que viaje mucha gente; pero ¡alguna!, ¡tanta! ¿No podrían hacer el favor de comunicarnos el secreto, como esos filántropos que ofrecen un remedio maravilloso con sólo enviar un sello para la contestación? ¿De dónde saca el dinero mucha gente? El viajar cuesta cada día más caro; los multimillonarios americanos, al desperdigarse por este viejo mundo, han vuelto locos á los hosteleros, alquiladores de coches, sastres, modistas, joyeros y toda clase de comerciantes en frivolidades. Regiones tranquilas, como la pastoral Suiza, famosa antes por sus razonables precios, se han puesto, con la invasión de los *dollars*, por las cumbres de sus montañas. De Francia, de Inglaterra, de Bélgica, no hablemos. En los hoteles todo es extraordinario; en los trenes, lo mismo; en los espectáculos, no se diga; en cualquier barraca más ó menos decorada con los sonoros títulos de *Kursaal*, *Music-Hall*, *Luna-Park*, etcétera, cuesta la entrada tanto como costaba en otros tiempos oír á la Patti ó la Lind; eso la entrada, que, después, entre

guardarropa, programa, propina por aquí y socaliñas por todas partes, con sacar dinero durante el espectáculo no hay tiempo ni manos para aplaudir, por mucho que nos complazca. Y donde no han llegado los americanos, los presienten. Han llegado los automovilistas, que es lo mismo para los efectos de ir soltando dinero con bocina. ¿Dónde están ya aquellas Arcadias veraniegas que hicieron las delicias de nuestros abuelos y adonde llegaban los aldeanos, como los pastorcillos de Belén, á ofrecer al forastero toda clase de caza y pesca, huevos y laticinios, frutas y hortalizas, por lo que tuvieran voluntad ó algo menos? Verdad es que entonces sólo veraneaban las gentes en mediana posición. Los ricos se recogían en sus fincas de campo ó casas solariegas... Pero ahora los que viajan y corretean por el mundo son los que no tienen mucho dinero y los que no tienen dos pesetas, que, naturalmente, son los que dan menos importancia al dinero. Así lo han puesto todo imposible para las personas modestas. Ya es triste vivir; pero viajar sólo con lo preciso, es verdaderamente ver-

gonzoso. ¡Eche usted lujo! Menos mal que, si por cada dos familias hay una que se arruina, por cada tres hay algún miembro dedicado á la usura, que, después, por combinaciones de herencias ó de matrimonios, vuelve á hacer la felicidad de dos familias. En el mundo no se pierde nada. Donde se hunde una casa suele levantarse una manzana. Es toda la amable filosofía de muchos veraneos incomprensibles.



## XXVII

Nunca ha justificado una Exposición su nombre como la de Bruselas. ¡Vaya si ha sido exposición! Era lo único que necesitaban las Exposiciones para acabar de desacreditarse. Los que de cualquier suceso casual deducen rotundas afirmaciones, no dejarán de categorizar toda Exposición entre los grandes peligros. ¡No más Exposiciones! Siempre nos sucede lo mismo, ahora que andamos en Madrid preparando una, al cabo de los años. Los mayores progresos son atrasos cuando llegan á nosotros. ¡Es mucho sino! Implantamos instituciones, leyes y reformas cuando están desacreditadas por esos mundos. Venimos á ser las Américas de Europa—en el mal sentido de la palabra Américas.—Verán ustedes; ahora que hemos dado en irreligiosos, es cuando la religión está más á la moda en todas partes. En los Estados Uni-

dos se hace gran consumo; en algo se ha de conocer el dinero. Con eso y con que el mejor día empiecen á encargar Comunidades desde el Japón como antes encargaban acorazados... Y es que no debe desecharse nada; todo debe conservarse, como los sombreros de copa; las modas vuelven cuando menos se piensa. ¿Creen ustedes que no volveremos á ver miriñaques?

Algo significativo es que el incendio de Bruselas haya respetado la instalación de España. El fuego no es rencoroso. ¡Buena ocasión para haberse vengado de las muchas hogueras por nosotros encendidas en Flandes! Hogueras con las que pretendimos prolongar el ocaso del sol, que se ocultaba ya para España en aquellos dominios... En Flandes se ha puesto el sol. ¿No es verdad, amigo Marquina? Pero antes ¡cómo pusimos nosotros á Flandes!

Ahora ha sido la electricidad el Felipe II. La civilización es también un gran tirano. Ello es que los buenos flamencos, por no perderlo todo, se aprestan á reedificar lo destruído; y, si no les fuera posible, ya ponderan como gran atractivo la

contemplación de las ruinas. Acaso tengan razón. ¡De tantas cosas, lo mejor es las ruinas! Sólo que las ruinas de los edificios modernos suelen llamarse escombros. Para ser admirado como ruina hay que haber tenido vida durante mucho tiempo. Esta consideración es de mucho consuelo para algunas naciones y para muchas señoras.

\* \* \*

Entre los chismes teatrales, precursores de toda temporada cómica, el más sabroso es, sin duda alguna, el referente á la rescisión del contrato del teatro Español, solicitada por varios concejales y fundada en supuesto incumplimiento de algunas bases. Muy loable es el celo del Municipio en esta ocasión, y no me atrevo á calificarlo de excepcional porque supongo le aplicará con el mismo rigor á todos sus contratistas. Pero en este asunto del teatro Español no parece que las raspaduras al contrato hayan sido de tanta monta en la temporada última como en otras de mangas y capirotos, con mensaje final de gracias y todo, de

parte del Ayuntamiento complacido. ¿Qué puede decirse? ¿Que las obras del teatro antiguo no fueron presentadas tal y como se escribieron? ¿Tanta prisa corre desacreditarlas? ¿Que no todas las obras clásicas representadas fueron precedidas de una conferencia, como se había ofrecido? Y ¿para qué vamos á engañarnos? Eso de las conferencias es molestar á los vivos sin honrar gran cosa á los muertos. Lo cierto es que la temporada, contra los pronósticos de muchos, fué provechosa y brillante. Téngase en cuenta que el teatro fué adjudicado con sólo un mes de anticipación á su apertura; cualquier falta sería muy disculpable en esas condiciones. Fueron estrenadas obras muy estimables, decorosamente presentadas; entre ellas, *Cassandra*, con la que no se hubiera atrevido ninguna otra empresa de las de abono aristocrático. Bueno fuera que, después del gran servicio prestado á la causa democrática con las representaciones de dicha obra, pudiera decir la empresa, con un Ayuntamiento tan republicano y tan socialista, que así paga el diablo á quien bien le sirve. Fueron también

representadas obras de autores jóvenes, como López Pinillos y los hermanos Cuevas; Borrás obtuvo grandes triunfos en obras de muy distintos géneros. ¿Qué más puede pedirse? Mi opinión no puede ser más desapasionada. Ni allí estrené obras, ni he de estrenarlas en esta temporada, ni la compañía cuenta con muchas obras más en su repertorio. Pero bien está San Pedro en Roma—con Merry y todo,—y bien están la Cobeña y Oliver en el Español mientras más desapasionada. Ni allí estrené obras, ni he de estrenarlas en esta temporada, ni la empresario dispuesto á realizar maravillas de arte, dígase con franqueza y rómpase el contrato, sin buscar más pretexto ni fundamento que la municipalísima gana. Pero si no es así, y cuando apenas falta un mes para comenzar la temporada, deben moderarse los impacientes y templarse los rigurosos.

Y aunque en algo se hubiera faltado al contrato, recuerde el Municipio, al tratar con sus contratistas, las sentidas palabras que pronuncian los reyes en el indulto del Viernes Santo, y digan parafraseándolos:

«¡ Los perdono para que Madrid me perdone! »

\* \* \*

El correo nuestro de cada día nos trae ruegos y peticiones — diríase el conde de Casa Valencia en el Senado. — Diga usted esto, hable usted lo otro, proponga usted lo de más allá... No, mis amables sugeridores; es muy desagradable el papel de soplón y «acusica», y no es cosa tampoco de que el cronista ande hecho siempre un guardia de policía urbana. En España todo se espera y para todo se confía en el Gobierno y en la Prensa, sin perjuicio de achacar á uno y otra, según sopla el viento, la culpa de todos los males. Con el sufragio universal y el voto obligatorio, todos tenemos nuestros diputados y nuestros ediles á quien dirigir peticiones y quejas. Sin contar con que todos tenemos en la lengua un rotativo de tirada ilimitada. Esto de servir de libro de reclamaciones sólo ocasiona disgustos y antipatías. Además, cuando cree uno haber complacido á la gneralidad, ha-

ciéndose eco de sus pretensiones, como estamos en época de espíritus originales y hay que distinguirse á todo trance, saltan en seguida los ofendidos en su originalidad. Quéjense unos vecinos de que en su calle hay un charco, foco de infecciones; y cuando se consigue llamar la atención á quien corresponde para que desaparezca el charco, no falta un vecino que salga protestando; porque, miren ustedes por dónde, aquel charco era todo su encanto y, como dice la copla, el espejito en que él se miraba. Y en todo, por este orden. Ya ven ustedes: ahora resulta que la Biblioteca Nacional era un modelo de organización y es gana de chinchorrear el proponer mejoras. Por mi parte todo está bien. Así como así, entre personas, animales y cosas, harán docena y media las que me interesan particularmente. ¡ Y comparándome con la mayoría de las gentes, me tengo por altruísta!

## XXVIII

Es peligroso entregar juguetes á los hombres. Los chicos se contentan con destrozarse el juguete, manifestándose como grandes protectores de la industria y del comercio. Pero los hombres sólo gozan pensando en lo que podrán destrozarse con el nuevo juguete.—Ahí tenéis un nuevo explosivo—se les dice—para que voléis montañas que separen á unos pueblos de otros y podáis comunicaros y relacionaros con ellos más fácilmente... Y para volar edificios y pueblos enteros—responden y piensan.—Ahí tenéis el automóvil: utilidad, ilustración, higiene y recreo. Y emocionante peligro y satisfacción de la vanidad y atropellos, y caiga el que caiga.—Ahí tenéis el aeroplano, el más glorioso triunfo del hombre sobre la materia. ¡ Qué servicios puede prestar á la civilización y al progreso! ¡ Y sobre todo en la guerra! ¡ Podremos aniquilar ejércitos enteros; seremos invencibles!

Si, ante la armoniosa serenidad de la Naturaleza, pensaba el poeta Wordsworth tristemente en lo que el hombre ha hecho del hombre, con más razón puede pensarse ante cada una de estas conquistas de su inteligencia, que debieran significar amor y significan odio. Las aclamaciones de Francia á la gloria de sus aeronautas no son un saludo á la Humanidad, ofrecimiento de la buena nueva; son un reto á Alemania. Para satisfacción del orgullo de raza no les basta con la revancha espiritual; es preciso la material revancha. Nada vale el aeroplano si no es símbolo del águila imperial, invencible y amenazadora, sobre los aires. Los alemanes pondrán toda su inteligencia en lograr nuevas perfecciones en los aeroplanos. El odio también es fecundo. Y, por el afán de conquistar la tierra, llegaremos á la conquista definitiva del cielo. ¿No es esta toda la historia de la Humanidad?

\* \* \*

Cristóbal de Castro se lamenta y nos culpa porque entre tantos escritores españoles

como hemos visitado la República Argentina no hallamos logrado obtener lo que monsieur Clemenceau en una sola visita: un tratado de propiedad literaria con aquella República. Supone Cristóbal de Castro que hemos sido unos egoístas, más atentos al lucimiento y al provecho propios que á la general conveniencia. Conste que sólo me creo aludido por haber estado en Buenos Aires, no por alturas de dramaturgo que el Sr. Castro compara con las del Himalaya. No; por mi parte, Cerrillo de los Angeles, y gracias. Nuestra pobre tierra no consiente mayores alturas; y si alguien pretendiera locamente levantarse hasta ellas, no tardarían en hacerle polvo; y como, al fin, en eso hemos de parar todos—*Pulvis eris*, etcétera,—¿qué más da un poco antes que un poco después?

No tiene en cuenta Cristóbal de Castro que nuestra misma condición de interesados nos obliga á no parecerlo. Monsieur Clemenceau, que podrá ser escritor insignificante, pero que tiene gran significación política—y no todo ha de ser literatura en el mundo,—podía con mayor desinterés



particular entablar esas negociaciones. Además, todos sabemos, aunque nos pese, que un político goza de mayor prestigio entre los políticos que un escritor, por grande que sea. Yo de mí sé decir que ni saludé al presidente de la República, ni traté con ministros, ni lo procuré tampoco. Fui de viajero, no todo lo ignorado que yo hubiera querido para volver ignorando menos. Así y todo, vi lo bastante para no quedar muy ilusionado con las ventajas de un tratado de propiedad literaria. No es aquello la mina inexplorada que muchos creen. Poco se lee en España, pero allí se lee menos. Existe, como en todas partes, el núcleo intelectual al corriente de lo más «nuevo», no siempre lo más interesante, que se publica. Hay afán—no es lo mismo que amor—por la cultura. Una cultura sin agrado, por aquello de «hay que saber»; no porque gocemos con saber. Pero público, lo que se llama público de lectores... En primer lugar, hay poca gente desocupada, desde las señoras y señoritas que leen novelas francesas, inglesas: las inglesas para imponerse en el idioma; las francesas por-

que... ¡cómo ha de ser! son más entretenidas para el que lee por distraerse que ningunas otras. De lo español se lee... lo que debe leerse, ni más ni menos. Hay que convenir en que libros muy interesantes para nosotros, á pesar de su mérito no pueden interesar allí en absoluto. No es culpa de los autores; es culpa del ambiente. En cuanto á ediciones de libros españoles publicados allí, se ha exagerado mucho. Saldrían más caros. Con decir que la mayor parte de los autores argentinos edita sus libros en París ó en Madrid... Algo más podía venderse, desde luego, con una activa propaganda por parte de nuestros editores; pero con tratados ó sin ellos, sería lo mismo. Por lo que al teatro se refiere... ¡ay! tampoco es la tierra de promisión. Alguna obra de género chico llega á un crecido número de representaciones—nunca tanto como en Madrid.—En cuanto á las obras grandes, con excepción de alguna de autor nacional, como las de Laferrere, con su media docena de representaciones van muy bien servidas. El Odeón, en donde representan María Guerrero y Fernando

Díaz de Mendoza, vive del abono aristocrático en los días de moda. En los días quebrados hay sus medias entradas y sus vacíos, como en cualquier teatro de por acá. Los demás teatros están á precios reducidos: tres pesos, dos pesos la butaca Y como el peso, aunque suene á duro, representa allí lo que nuestra peseta, resulta que el teatro es allí más barato que en España. Todos conocemos á los empresarios y actores que se han hecho ricos por aquellas tierras. La compañía de Serrador representa todas las obras extranjeras, sobre todo francesas, estrenadas. Es la compañía de más extenso repertorio. Las traducciones se pagan á tanto alzado, y, naturalmente, no se pagan derechos de traducción. Con el tratado con Francia... no se representarán tantas obras francesas, y eso iremos ganando... espiritualmente. Bien estaría el tratado... por decoro suyo, más que para provecho nuestro. A los políticos corresponde negociarlo. A los escritores nos sienta muy bien el desprendimiento de los bienes terrenales.

\* \* \*

Del veraneo.—En el Casino:

—Oye: ¿tú sabes quien es esa rubia que va todas las noches con ese extranjero?

—No sé; pero me la encuentro en todas partes. El año pasado, en Niza, con un ruso; después, en París, con un americano; luego, en Ostende, con un turco. En Biarritz con un inglés, y aquí con este que parece alemán... Debe ser mujer de historia.

—Y de Geografía, por lo visto.

\* \* \*

En la sala de recreo.—Entre dos amigos:

—Toda la noche estoy perdiendo. No acierto una. (Galante.) Voy á hacer el juego de esta señorita, que tiene mucha suerte.

El amigo (aparte).—Se va á enfadar el señor de enfrente.

—¿Por qué?

—Porque el verdadero juego de esta señorita es... «timarse» con él toda la noche.

## XXIX

Si en la mesa y en el juego es donde mejor se conoce, según dicen, la educación de las personas, en las calamidades es donde mejor se revela la cultura de un pueblo. Los aldeanos de Rusia y de Italia que, ante la invasión del cólera, renuevan episodios de las más terribles pestes de la Edad Media, con sus terrores, sus supersticiones, su desconfianza en la ciencia y su fe en cualquier brujería, nos dicen claramente que hay en las naciones modernas, aunque los salven trenes y automóviles, menos kilómetros de distancia de la civilización á la barbarie que siglos en la historia de la humanidad. Unas horas de camino valen por muchos libros de historia. Sin andar mucho, no es difícil encontrarse todavía con el hombre de las cavernas. Cuando el cantor de la civilización está más ilusionado, creyendo que ya sólo es cuestión de expulsar

á los frailes y, dos ó tres pasitos más por este orden, para llegar á la reconquista del Paraíso terrenal... ¡cataplum! por donde menos se piensa, un retroceso al salvajismo, que si no destruye de golpe, deja por lo menos tambaleándose lo mejor de nuestras ilusiones.

Y es que estas epidemias, como tienen su origen en regiones incivilizadas, no sólo se traen para acá el microbio de la enfermedad, sino el de la barbarie, que aun prende más pronto. Aquí bien puede decirse: «Bien vengas mal si vienes solo.» Mejor será que no venga ni solo ni acompañado; pero, si como es de temer, aunque no sea más que por molestar al Gobierno, como epidemia reaccionaria, nos desfavorece con su visita, ¿qué se traerá esta vez por lo de asiático, á más de lo que se traiga por lo de morbo?

¿Cómo saldremos del examen? Porque algo de examinador tiene el señor cólera. El llega á un punto, se asoma con cierta respetuosa timidez primero; pregunta: «¿Cómo están ustedes de higiene, cultura, valor cívico y doméstico, etc., etc?... ¿Me-

dianamente? ¡Vaya! Como en mi última visita; no han adelantado ustedes nada. Habrá que darles otro repasito. La letra con sangre entra...» La verdad es que lo mejor que tenemos en material de sanidad á él hay que agradecerse y á la solicitud de sus visitas. El día en que, al asomarse por Europa y al enunciar su preguntita, le respondan de todas partes la cultura, la higiene, la confianza de todos con un: «Vea usted, amigo, si hemos aprovechado sus lecciones», habrán terminado sus visitas.

\* \* \*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Al Emperador de Alemania le ha aprovechado por poco tiempo la última y sonada reprimenda de su canciller, por irse de la lengua con deplorable facilidad. Otra vez ha vuelto á ponerse la imperial corona por montera, y terciadita á lo jaque, para decir á sus asombrados súbditos que á nadie tiene que agradecerle nada, más que á Dios, que, en sus altos designios, le cedió la corona. De suerte que no le vengan con le-

yes constitucionales, discusiones parlamentarias, ni oposición á sus proyectos; que él ha de seguir impertérrito la senda trazada por la Providencia, toda de cañones y fusiles. Bien está ¡oh, sir!; pero el último de nuestros súbditos tiene también su monterra que ponerse por corona y las mismas razones para creer en su misión providencial.

¿Es que sólo los emperadores traen misión á este mundo? Como le decía el labriego del Toboso á Don Quijote, cuando éste le preguntaba por la princesa de aquel lugar: «Yo no sé de ninguna princesa; señoras sí hay, y muy principales, que cada una puede ser princesa en su casa». ¿Quién no puede ser emperador en la suya? Y si cada uno diera en sentirse inspirado por la Providencia para obrar como le conviniera, ¡malo iba á ser el gobernar con tantas misiones providenciales! Además, como los teólogos están conformes en admitir que hay voces del diablo que pueden tomarse por voz de Dios, en la duda bueno es atenerse á las leyes humanas; que, por mucho que el demonio quiera enredar en ellas,

nunca enredará tanto como en la voluntad soberana de un emperador, por muy providencial que sea. ¡Dios sobre todo, pero la Constitución al quite!

\* \* \*

Mauricio Maeterlink, en el prólogo de unos *Cuentos y leyendas* de su amigo Jorge Maurevert, asegura la bondad del libro por haberlo sometido á la «prueba del jardín». Esta prueba consiste en leer á pleno sol y en pleno aire; «á la implacable luz de una espléndida primavera», dice M. Maeterlink. Y añade: «Esta prueba es siempre decisiva para un libro, y muchas veces más dolorosa y desconcertadora que las pruebas del agua y del fuego de los antiguos torturadores. Pocos libros la resisten, y yo no me atrevo á someter á ella más que los versos ó la prosa que desde las primeras líneas me han inspirado confianza. ¿Para qué hacer padecer á un pobre libro que, aun con no ser muy bueno, es siempre una obra de buena voluntad?» ¡Ay, y qué bien dice M. Maeterlink! La prueba del jardín es te-

rrible. ¿Ha probado M. Maeterlink con sus obras? Yo sí: con su *Aglavanne y Selysette*. Y el jardín no era un jardín urbanamente cultivado; era un jardín rústico, rodeado de un campo de trabajo y de pena. La prueba se agravaba. Como en una Exposición de pinturas basta la proximidad de una planta cualquiera para destruir el efecto del paisaje mejor pintado, pocas obras literarias resisten el contacto directo con la Naturaleza. Son obras cerebrales y necesitan ir de cerebro á cerebro, sin airearse al pasar, como plantas delicadas de invernadero. Libros que en la ciudad, en aquella vida artificiosa, parecen la misma vida, en el campo no son más que flores de trapo. ¡La vida es tan sencilla! Lo que ella pone es lo que no envejece nunca en la obra de arte... Lo demás... es literatura, como dijo Verlaine. Yo no aconsejaría á M. Maeterlink que sometiera sus obras á la prueba del jardín, excelente para las obras de los amigos.

\* \* \*

Estamos á primeros de Septiembre y nada se sabe del arrendamiento del teatro Español. Y siempre lo mismo. La temporada debe dar comienzo en Octubre. En tan poco tiempo, ¿cómo puede formarse una compañía aceptable, ni cómo preparar obras ni organizar un plan de trabajo? ¿Qué razón tendrá después para quejarse el Ayuntamiento si el contrato no se cumple como es debido? ¿No habrá llegado la hora ó de cedérselo al Estado para ensayar el Teatro Nacional, ó de arrendarlo buenamente como un teatro cualquiera, donde la empresa, con pagar puntualmente su arrendamiento, puede hacer lo que mejor le acomode? Por muchas vueltas que quieran darle, por lo menos hasta la fundación de un Teatro Nacional, el verdadero teatro Español será, por ahora, el teatro de la Princesa, y donde estén María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza estará la cabecera. Del teatro Español podía hacerse un teatro popular, con una compañía modesta y bien dirigida, que permitiera baratura en los precios; un teatro de ensayo para autores y actores jóvenes. Lo que no puede ser

es adjudicarle de prisa y corriendo quince días antes de la apertura y pedir que sea una Comedia Francesa. En esas condiciones en la temporada pasada se hicieron milagros, y ya hemos visto cómo han sido agradecidos. Tan agradecidos por parte del Ayuntamiento como ésta y otras defensas por parte de la empresa. ¡Son tan interesadas, que no hay para qué agradecerlas!



## XXX

No sería malo que en los dramas de la vida, como en los del teatro, pudiera alguno de los actores dirigirse al público, como era uso y costumbre, para suplicarle que reservara su juicio hasta el final de la obra. Con la diferencia de que la vida, en sus dramas y en sus novelas, lo primero que nos ofrece es el desenlace, y, al contrario que en el teatro y en los folletines, el interés no está en saber cómo acabará aquello, sino en cómo habrá empezado. La solución es el principio del problema. Los antecedentes es lo que importa. Pero si el que más y el que menos, uno por uno, somos todo curvas, en cuanto nos reunimos como espectadores no entendemos más que de rectas. Para bueno ó para malo, el público sólo comprende los caracteres de una pieza, como suele decirse, que respondan á una lógica teatral y novelesca. Pero ¡ay!

que la lógica de la vida, en su aparente complicación, es mucho más sencilla. Los locos y los héroes saben solamente de líneas rectas. Los demás vamos serpentean-do por caminos de luz unas veces, de sombra otras; el que parecía más obscurecido, resplandece de pronto; el que iba como vestido de sol, se pierde en la sombra. Y todo sin pizca de lógica. Esa lógica que necesitamos para explicarnos satisfactoriamente las acciones... de los demás. Pero ¡ay tantas lógicas! Los maridos calderonianos matan, celosos de su honor. Seguros de la virtud de su esposa, les basta con que alguien pueda poner sospecha en ella, para condenarla á muerte. A Otelo, más humano, nada le importaría que todos sus soldados hubieran compartido el lecho de Desdémona, con tal de no saberlo. Es celoso por amor, y por amor mata. Hoy comprendemos mejor al moro de Venecia que al médico de su honra. La solidaridad del honor en el matrimonio y en la familia ha pasado á la historia, si es que alguna vez pasó de la poesía.

En aquella misma época, los escritores

satíricos, más inspirados siempre en la realidad, nos muestran claramente que no todos los maridos eran médicos de su honra. Hoy nadie pone en duda que se pueda ser un perfecto caballero aunque se haya tenido la desgracia de casarse con una loca. Queda sólo la pasión de los celos como justificante de cualquier arrebato sanguinario. Y en esto el buen público es intransigente: pide unos celos... de *una vez*, sin blanduras, sin desfallecimientos, sin vacilaciones. No sabe comprender que el corazón se subleva en una hora contra lo que toleró muchos años; que se mata, se perdona, que se insulta y se besa... ¡Pobre corazón humano, sometido á esa lógica de espectador de teatro!

Ya se sabe que el público sólo juzga por sentimiento. Ni sería el más noble el de la ociosa curiosidad, si no llevara envuelto, aunque en menor grado, el de la justicia. Pero á éste, único respetable, sólo la justicia puede dar satisfacción cumplida. ¿Será mucho pedir al respetable público que suspenda su fallo hasta que la justicia dé el suyo?



Los supersticiosos no dejarán de apuntarse un tanto á su favor. Tres lidiadores del mismo nombre han sucumbido en las plazas; dos de ellos en circunstancias muy parecidas. Extraño es que la gente de coleta, que por más insignificantes agüeros suele preocuparse, no haya temido la fatalidad de ese nombre: Pepete. Verdad es que por sí solo ya es un cartel. El torero que quiera llenar las plazas, no tiene más que atreverse nuevamente con el nombre fatídico. Un Pepete y seis Miuras, y á robar el dinero. Piénsenlo bien los postergados. Aunque más de uno ya lo habrá pensado á estas horas, recordando la filosófica sentencia: «Más cornaads da el hambre». Añádase á esto la emoción de quebrar juego, tan saboreada por los jugadores. Si es verdad que á la tercera va la vencida, ese nombre puede ser una seguridad. ¡A él, valientes! Ya veis lo que dicen los buenos aficionados. La corrida de Murcia se recordará siempre como un acontecimiento. Corridas así son las que sostienen el fuego sagrado de la afición durante muchos años. Harán bien las señoras católicas en no protestar con-

tra ese espectáculo, como contra la política del actual Gobierno. El clericalismo, los toros, tienen intereses comunes. Vienen de lo mismo.

\* \* \*

Escritores distinguidos lamentan, con sentidas razones, la decadencia de la literatura en el periodismo. ¿En el periodismo? Y en todas partes. La literatura está llamada á desaparecer, si Apolo (no el teatro) no lo remedia. El público tiene sus buenos dientes, y hasta sus colmillos bien retorcidos, y no necesita para nada de masticadores artificiales, que es lo que venimos á ser los literatos en resumidas cuentas. Ni siquiera nos consiente como cocineros, para aliñarle la realidad con un poco de fantasía. El se lo guisa y él se lo come, como Juan Palomo. Ha aprendido, se lo figura, por lo menos, á pensar por sí mismo, y no tolera que nadie se le imponga. Así, en el periódico, sólo quiere hechos, hechos como aquel maestro de Dickens. Informaciones escuetas, sin comentarios; noticias, tele-

gramas... Ya lo comentará todo en el café ó en casa. Aceptemos la realidad, seamos modestos y agradezcamos todavía que nos consientan ir viviendo. Por mí sé decir que me avergüenza el dinero que cobro de la literatura. Quisiera ser muy rico algún día, para descargar mi conciencia devolviéndolo todo religiosamente. Sólo vale dinero lo que produce, á su vez, algún dinero. Y ¿qué produce la literatura? El periódico no se vende más por ella. El periódico... es él, es su nombre, sus informaciones, sus noticias, sus anuncios. ¿Qué supone para su venta y su ganancia una firma más ó menos? Es la firma la que goza del prestigio del periódico, no al contrario. Pruebe el escritor que se juzgue más leído á cambiar de sitio.

Lo mismo en el teatro: el teatro es la noche, el abono, las actrices bellas y bien vestidas, los actores favoritos del público. ¿Qué significa la obra? Un poco más ó un poco menos de literatura. Pruebe también el autor que se crea más estimado por sí propio á cambiar de teatro. En la Princesa, por ejemplo, todas las obras son lo mis-

mo. ¿Qué más da una que otra? Hay que salir un poco de los Círculos literarios, en donde á fuerza de despellejarnos parece que tenemos alguna importancia, para comprender lo poco que significamos. No hay vanidad que resista á una de estas enérgicas curaciones al aire libre. La vida moderna funciona por una poderosa maquinaria para la que cualquier obrero es bueno. Vamos al socialismo más de prisa de lo que parece. El mundo será una gran máquina productora de felicidad social. ¡Hermosa máquina!

Andará sola. Los hombres se habrán muerto todos de hambre ó de fastidio.

